

*H*UMANITAS
1999

ANUARIO DEL CENTRO DE
ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

26
✱

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

² Jean-Marie Mayeur, *Catholicisme social et Démocratie Chrétienne*, París, cerf, 1986, pp. 17-45.

³ Eulogio Gillow a Porfirio Díaz, Oaxaca, 26 de diciembre de 1892, en Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución en Oaxaca*, Oaxaca, s.e., 1985, p. 202. Véanse también en la introducción a los *Apuntes históricos* de 1889 sus ideas que se refieren a la conciliación de los "ánimos intransigentes", y disfrutar en México de "verdadera tolerancia práctica". Cuestiones éstas que, aún en ese momento sonaban huecas para los católicos intransigentes. La conciliación por parecerles una farsa; la tolerancia por ser para ellos una idea de origen protestante e impropia para México. Eulogio G. Gillow, *Apuntes históricos*, Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, México, 1889, p. 12.

⁴ Fernando Iturrigarria, *Porfirio Díaz ante la historia*, México, s.e., 1967, p. 280.

⁵ En Fernando Iturrigarria, *Porfirio Díaz ante la historia*, p. 268.

⁶ Mariano Cuevas, *Historia de la nación mexicana*, Porrúa, México, 1986, p. 1068-1069.

⁷ Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, pp. 546-547.

⁸ Los textos anteriores y otros más en Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, pp. 602-604, 677-680, 751, 817-819, 831-837, 839-842, 853-856, 866-867, 927-929, 972, 974 y *passim*.

⁹ Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, v.5, Ediciones Cervantes, México, 1942, p. 212.

¹⁰ Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, p. 603.

¹¹ Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, P. 1002.

¹² José Fuentes Mares, *Poinsett: historia de una gran intriga*, Jus, México, 1964, p.v.

¹³ José Fuentes Mares, *Poinsett: historia...*, p. V.

EL DECESO DE FELIPE II SUS REPERCUSIONES EN NUEVA ESPAÑA

Lic. Ernesto de la Torre Villar
Universidad Nacional Autónoma de México

Vivía en Nueva España a fines del siglo XVI situación favorable: de asentamiento institucional, de cohesión territorial y social, de progreso y de paz. Había cesado la guerra chichimeca gracias a la labor de los virreyes Henríquez y Velazco II y el domino colonial se extendía por Nuevo México y las Californias; la población indígena se concentraba en virtud de las disposiciones de congregar a la población que obedecían a razones políticas, económicas y religiosas, la unidad de la fe motivada por razones políticas se lograba con la fundación del Tribunal del Santo Oficio. Estas tres vertientes, producto del deseo del monarca de fortalecer su imperio, unificarlo políticamente apoyándose en la unidad religiosa, y de preservarlo de las injurias de los infieles y de los grupos separados, eran resultado de la política de aseguramiento de sus posesiones, férreamente impuestas por Felipe II. Se vivía bajo las consecuencias de su política fielmente cumplida por los soberbios administradores que la Nueva España tuvo en el siglo XVI.

El país, regido por un fiel servidor del monarca, quien le auxilió en las campañas de Portugal y en la defensa de la Coruña asediada por Francis Drake, concluía prudentemente el proceso congregacional que cambiaría la distribución demográfica de América, principalmente en aquellas regiones en que se cumplió fielmente, como fueron Nueva España, Guatemala y también Perú. Concentrada la población indígena para lograr mejor su control y vigilancia, pudo el Virrey don Gaspar de Zúñiga y Acevedo (1595-1603) apoyar la expansión al septentrión, avanzando tanto por las Californias como por Nuevo México y el Nuevo Reino de León. En las Californias surgiría nuevo puerto importante, Monterrey, nombrado así por el navegante descubridor, Sebastián Vizcaíno; y en el Nuevo Reino de León, debido a los esfuerzos de Diego de Montemayor, se fundaría una población también llamada Monterrey en honor del Virrey. Bajo estas bases y sin mayores plagas y problemas que afectarían a la población, el virreinato se asentaba, fortalecía y prosperaba.

El gobierno eclesiástico no presentaba la misma situación. El enérgico arzobispo Pedro Moya de Contreras, quien también gobernaría como Virrey en 1584-1585 y había promovido la celebración de Tercer Concilio Mexicano que puso las bases de la vida eclesial novohispana, había sido llamado por el monarca para presidir el Consejo de las Indias, como sería más tarde otro hombre experimentado en el gobierno de ellas, don Luis de Velasco segundo. La vasta, rica y abundosa arquidiócesis de México se

encontraba en sede vacante, regida por el cabildo-catedral, situación que se prolongó hasta 1601 en que ocuparía la mitra mexicana don García de Santa María y Mendoza (1601-1606).

Si bien no existía cabeza episcopal, la iglesia estaba fuertemente asentada y la vigilancia del pueblo de Dios la atendía, más que el cabildo, el Tribunal de la Inquisición presidido por frailes dominicos.

De esta suerte el arribo a la Nueva España de la noticia del fallecimiento del poderoso señor don Felipe II, ocurrida el 13 de septiembre de 1598 en su palacio, monasterio del Escorial, conmovió a la administración virreinal, a la eclesiástica y a la sociedad colonial. El Virrey recibió con satisfacción las supuestas y fingidas, más que ciertas, muestras de dolor que le expresaron las autoridades civiles y religiosas y declaró el luto necesario y las manifestaciones de pésame que le fueron otorgadas. Dada la ausencia de arzobispo, la poderosa orden de Santo Domingo se arrogó celebrar los solemnes funerales que debían hacerse y señaló a la magnífica iglesia con que ya contaba para que en ella se efectuaran.

Contrastaban esas ceremonias con los espléndidos funerales hechos a su antecesor, el poderoso monarca Carlos V, bajo la recta administración de don Luis de Velasco I el año de 1559. En esta ocasión el virrey dispuso que las exequias se celebraran en el enorme patio que tenía el convento de San Francisco, junto a la famosa capilla de San José, en donde había establecido fray Pedro de Gante su famosa escuela. Ese año, el Virrey encomendó se encargase de los funerales y de que se levantara el *Túmulo Imperial* al regidor de México y alcalde de las atarazanas don Bernaldino de Albornoz, quien confió la erección del túmulo al arquitecto Claudio de Arciniega. Este levantó el regio cataflaco en tres meses y fue un dechado de cultura renacentista, pues las obras de arte competían con las poesías e inscripciones latinas que se formularon.

Del esplendor de esta real y funeral obra dio cuenta esplendorosamente el humanista, catedrático universitario, poeta e historiador Francisco Cervantes de Salazar en la primorosa obra que por encargo del Virrey escribió y publicó en los talleres de impresión del tipógrafo Antonio de Espinosa en 1560, en la ciudad de México.

El *Túmulo Imperial*, que pasa por ser no sólo la pieza admirable de nuestra tipografía sino cantera viva y luminosa del desarrollo humanístico de la Nueva España, es también obra histórica reveladora de la conmoción política y espiritual que produjo la muerte del recluido en Yuste, magnífico emperador don Carlos I de España, en el virreinato de la Nueva España.

El deceso de su sucesor, inflexible, intransigente y también piadoso señor Felipe II, dio lugar también a muy célebres exequias que se realizaron, no en la catedral que estaba en construcción, sino en el templo que los dominicos tenían, frontero a la casa que ocupaba el Tribunal del Santo Oficio. Estas exequias, no tan solemnes como las del padre, también tuvieron a su cronista en la figura no de un humanista, como lo fue Cervantes, sino de un consultor del Santo Oficio, el doctor Dionisio de Ribera Flores, quien también tenía una buena fama de predicador.

La orden de Santo Domingo estaba en su esplendor y el lazo que la unía con el tribunal de la fe era cada vez más fuerte. El Tribunal que había establecido en la capital novohispana don Pedro Moya de Contreras en 1571 había prosperado. Contaba con el franco apoyo del monarca, quien había ordenado al Virrey Conde de Monterrey, al darle las instrucciones conforme a las cuales debería de gobernar Nueva España, lo siguiente: "*Con los inquisidores de la ciudad de México os encargo tengais toda buena correspondencia y los honoreis, proveyendo y procurando que las audiencias, gobernadores, corregidores y otras justicias de todo el distrito se lleven bien con los comisarios y oficiales, por lo mucho que importa que en partes tan remotas y donde está tan recién plantada la fe, sea el santo oficio reverenciado, temido y estimado, para que se exusen los encuentros y diferencias que se han ofrecido en el pasado sobre cosas de jurisdicción y preeminencias, y proveeré lo que convenga, de que se os avisará*".

Con este apoyo gubernamental, la Inquisición novohispana por mano del inquisidor apostólico, licenciado don Alonso de Peralta, y en ausencia de arzobispo, conducía los negocios eclesiásticos. Por ello era por que los funerales se realizarían en el templo soberbio, amplio y reluciente de Santo Domingo.

Comisionado para hacerse cargo de la conducción de las exequias quedó el canónigo don Dionisio de Ribera Flores, natural de la Serena en Extremadura, quién había llegado a México el año de 1560 e ingresado en su Universidad habiendo obtenido el grado de licenciado en cánones el 17 de septiembre de 1584 y de doctor el 7 de octubre del mismo año. Fue cura de la catedral de México y promotor fiscal del Tercer Concilio Mexicano, "*cuyo oficio desempeñó con acierto y alabanza*". El 31 de enero de 1591 había tomado posesión de una canonjía vacante por la muerte de Diego López de Agurto y se había distinguido como orador sagrado. De sus sermones tenía un volumen impreso y otro en preparación.

La muerte del monarca originó que en México se celebrara solemne novenario que se efectuó en la capilla del Tribunal de la Inquisición y

repetiría en varias iglesias, para semanas más tarde se dispusiera el solemne funeral que tuvo lugar el primero de abril de 1599.

La erección del túmulo se encargó al arquitecto y maestro relojero Alonso de Arias, a quien auxilió en su confección artística el notable pintor Andrés de la Concha, a quien Balbuena en su *Grandeza Mexicana* dio el título de "grande".

La pira funeraria no fue tan monumental como la consagrada a Carlos V. No contamos con un dibujo de la misma, pero a través de la descripción que poseemos podemos aseverar fue magnífica, digna del monarca al que se recordaba. Este monumento funerario ya no tuvo el aire renacentista del *Túmulo Imperial*. El barroquismo, tanto en su estructura como en las pinturas, emblemas y poemas que la exornaban se revela de inmediato, pues ya ese estilo había penetrado en la sensibilidad de la época. Con abundantes réquiems, responsos y rica parafernalia fúnebre, el pueblo pudo admirar a sus anchas ese dechado de roleos y pinturas, la mayor parte de Andrés de la Concha, entre las cuales sobresalían las que representaban *La Fama* y *la Victoria*, pero también de otros artífices, entre los cuales podríamos citar a Requena, Vázquez, Rua, Prado y Franco.

Las más notables fueron sin duda las de Andrés de la Concha que son descritas por un testigo de calidad, pues *"el lienzo principal fue la fama, de la estatura del natural, con el vestido a lo romano descubriendo el desnudo de músculos y brazos y partes de garganta, pecho y planta y otros lugares que con honestidad mostraban en el desnudo el arte de un artífice... parecía estar arrebatada al cielo con una elevación de escorzo en el rostro, sin que esta postura que suele quitar parte de la belleza, le disminuyese la de sus facciones, que mostraba perfectísimas; el cabello suelto y desordenado, significando su congoja, las alas caídas con algunas plumas a sus pies; en las manos la trompa quebrada en dos partes, representando que aquel instrumento con que antes publicaba los hechos hazañosos del grande Rey Philippo, ya no era de ningún efecto; mostraba en los efectos de ojos y rostro, semblante y acometimiento, tanta tristeza, que la ponía a los que la miraban, y sin duda fue una de las más vivas y acabadas figuras, en lo que representaba, que se pudo pincelar; cercaban esta figura los cuatro elementos y un mancebo dispuesto, con gentil aire y rostro hermoso y alegre, con vestido romano y en la mano diestra una corona de oro que significaba el premio..."*

El mismo testigo ocular añadirá en elogio de este notable pintor que trabajó tanto en España como en México, lo siguiente:

«Maravilloso pintor cuyas obras en España suspenden los pinceles de los más celebrados y pierden el brío de enviarlas a estas partes, donde hay quienes las acabe tan al vivo como lo manifiestan las que han hecho en este reino y lo dice el Famoso retablo que ahora de próximo asentó en el convento de San Agustín de esta ciudad».

A más de estas figuras realizadas por la Concha, el túmulo ostentaba muchas más figuras como las que representaban Temor, Espanto, Sentimiento y Llanto, Genio y Entendimiento, Deseo y Pensamiento y otras más alusivas a las virtudes y cualidades del monarca difunto.

Unidas estrechamente a las pinturas se encontraban escrita numerosas poesías: sonetos, canciones, epitafios latinos y españoles, epigramas, etc. Estas formas literarias fueron producto de la inspiración y dominio versificador que tenían muchos miembros de la Compañía de Jesús, pero también del dominico Fray Luis Vadillo, del canónigo Bernardo de la Vega, de amplia y buena producción; de don Francisco Solís, Lorenzo de Herrera, el bachiller Antonio Brambila de Arriaga, Rodrigo Dávila, el notable Mateo Rosas de Oquendo, que fue el secretario del Marqués de Cañete; el doctor Jerónimo de Herrera y otros más. Varios de ellos no los consigna en sus caudalosos y bien informados estudios don Alfonso Méndez Plancarte, por lo que debemos decir que pertenecen a esas innumerables generaciones de versificadores novohispanos poco estudiadas.

Cada figura se complementaba con una explicación, bien poética bien en prosa. Los epigramas latinos y españoles eran abundantes. No poseemos estudios en torno de estas formas latinas que, con los poemas y explicaciones de las pinturas, enriquecerían el conocimiento de las letras novohispanas de este período.

Si el catafalco fue para la delectación del pueblo y también para que mostraran su conocimiento del mundo greco-latino las clases letradas, asimismo sirvió para expresar la sensibilidad de una sociedad ante el pavoroso accidente de la muerte.

Levantóse la pira funeral por la diligencia que puso en él el canónigo Dionysio de Ribera, a quien el inquisidor ordenó *"el peso de la ordenanza y disposición del túmulo que se fabricó a la medida de su ánimo generoso y agudo ingenio, obligándome a mí a que pasase la raya y límite del cortomío, para el ornamento de letras y figuras y resplandor de flores y lumbres con que se vistiese..."*

Ante monumento tan soberbio, muestra de la grandeza del monarca difunto, debió desfilar el pueblo entero de México; el virrey, los oidores y altos funcionarios del gobierno, el inquisidor apostólico, inquisidores, comisarios y familiares, miembros de las órdenes religiosas y de la Real y Pontificia Universidad, cofradías y demás institutos civiles y eclesiásticos, luego vendría el pueblo de los pobres.

Los funerales con asistencia del virrey fueron solemnísimos. El sermón se confió al prior del Real Convento de Santo Domingo de México, fray Juan Díaz, quien más tarde sería designado comisario del Santo Oficio en el obispado de Chiapas. Su sermón, muy conceptuoso, conmovió a los oyentes; manifestó las virtudes y calidades del monarca, el amor y el respeto que se le tenía y el apoyo que daba a la labor de la Iglesia en Indias. Los novenarios, triduos y recordatorios que siguieron a ese hecho, pusieron de manifiesto tanto la devoción de la gente que adolorida asistía a esos actos cuanto la lealtad y apego a la monarquía.

De estos solemnnes funerales, los segundos más suntuosos efectuados en la Nueva España, y no consignados en ninguna historia ni anales de la época, nos dejó amplia relación el canónigo Ribera Flores en profusa obra que escribió titulada:

Relación historiada de las exequias funerales de la Majestad del Rey D. Philippo II, Nuestro Señor. Hechas por el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de esta Nueva España y sus provincias, e islas Philipinas asistiendo solo el Licenciado don Alonso de Peralta, Inquisidor Apostólico, y dirigido a su persona por el doctor Dionysio de Ribera Flores, Canónigo de la Metropolitana de esta ciudad, y Consultor del Santo Oficio de la Inquisición de México. Donde trata de las virtudes esclarecidas de su majestad, y tránsito felicísimo: declarando las Figuras, Letras, Hieroglíficos, Empresas y Divisas, que en el túmulo se pusieron, como persona que lo adornó y compuso, con la invención y traza del aparato sumptuoso con que se vistió desde su planta hasta su fenecimiento.

Esta amplia relación, pues consta de varias decenas de cuadernos, la hizo imprimir su autor en México, en casa de Pedro Balli el año de 1600. Con ella se cerraba un siglo glorioso de tipografía novohispana, integrado por pocos pero magníficos impresores, y se abría la producción tipográfica del siglo XVII, más abundante pero de menores logros.

La *Relación Historiada* escrita por el canónigo Ribera Flores, representa un testimonio amplio, bien circunstanciado de cómo Nueva España, dio muestras de su pesar por la muerte del monarca don Felipe II, y de cómo iglesia y sociedad conmemoraron su deceso. La *relación* es la descripción viviente de la cultura funeral existente en este lado del océano, de la sensibilidad ante la muerte. Es una aseveración psicológica de la sociedad novohispana en la que se observa más la tradición europea ante el fin de la vida, que la indígena. Bien se cuidaba la inquisición de mantener la ortodoxia de los ritos y costumbres. Si bien el aparato obedecía ya a influencias barrocas, el fondo acataba las reglas que una larga tradición eclesiástica fijaba.

El doctor Flores, quien ostentaba muy ufano el título de consultor del Santo Oficio, trató de cumplimentar con holgura la encomienda recibida del inquisidor Peralta y luego de levantar el túmulo y realizar las exequias, quiso perpetuarlas, dejando amplio testimonio de las mismas; por ello se apresuró a redactar su *Relación Historiada*, describiendo cómo Nueva España honraba la memoria del monarca fallecido. El esfuerzo realizado ya mereció elogios por un notable contemporáneo que dio su parecer, expresando no pudo hacerse mejor elección para ese trabajo que la persona de Dionysio Ribera Flores, de "*felice ingenio y todo género de buenas letras y de quien dejando aparte los insignes estudios de santa teología y sagrados cánones, que desde la primera flor de su juventud siguió en la Universidad de Salamanca y la eminencia de predicador en que resplandece...*".

Con estos atributos, el canónigo se dio a la enorme tarea de narrar desde la invención del túmulo, traza de su planta y de explicar y alabar la labor de los poetas, pintores y todas las personas que intervinieron no sólo en su erección sino en el desarrollo de los funerales.

Que este trabajo pudo agradar al inquisidor don Alonso de Peralta y cuerpo entero del tribunal de la inquisición, no hay duda alguna; pero que sea un trabajo histórico literario, digno, recio y notable no se le puede calificar. Si bien aporta amplia información para conocer a las generaciones literarias y artísticas, su calificación no es muy confiable. Si revela nombres de funcionarios inquisitoriales que sirven para establecer la historia del tribunal, esto, como lo estimó don Joaquín García Icazbalceta que tanto se interesó en la historia del tribunal, sí resulta valioso. En cuanto a juicios críticos en torno de pinturas y poemas que describe, con lo cual enriquecería nuestro conocimiento, estos son de menor valor. El propio don Joaquín da un juicio totalizador sobre la obra al decirnos lo que sigue: "*Asombra ciertamente ver todo lo que el doctor Ribera Flores sacó de su cabeza para celebrar las exequias, y más para describirlas. Es inútil decir que no pudo llenar tal volumen sino a fuerza de digresiones impertinentes, sacadas, como*

dice el Dr. Herrera, "del profundo Océano de la Escritura Sagrada y centro de la humanidad".

Aun cuando esta *Relación Historiada* no es un monumento literario ni histórico, sí es rica fuente para conocer cómo la Nueva España y la ciudad de México en concreto rindieron honores a su amado monarca y cuál era la sensibilidad del pueblo y las autoridades. Es también rica en cantera que nos informa acerca de los literatos, de los pintores, de los artífices en general. Su contenido no ha sido estudiado como es debido, pues es una pieza rara que sólo se halla en contadas bibliotecas. Por otra parte, el mismo autor advierte que debido a que salía en los primeros meses del año 1600, los impresores no tuvieron tiempo para hacer las correcciones necesarias, por lo cual salió con graves deficiencias.

El virrey concedió el 18 de abril de 1600, desde su morada en Chapultepec, licencia para su impresión. En esta licencia se asienta lo siguiente: *Por cuanto el Doctor Dionysio de Ribera Flores, canónigo de la catedral de esta ciudad de México y consultor del Santo Oficio de la Inquisición de esta Nueva España, me ha hecho relación que él ha compuesto un libro intitulado Relación Historiada..., que era de erudición y aprovechamiento y le pretendía imprimir, pidiéndole le mandase dar licencia para ello... para que libremente lo pueda hacer, y que Pedro Balli, ... u otro impresor, pueda imprimir por tiempo de seis años".*

Las muestras de dolor de la sociedad novohispana no se concretaron a las celebradas en la ciudad de México, sino que en toda iglesia catedral, como Puebla, Oaxaca, Valladolid, Nueva Galicia, se efectuaron exequias dignas, y en todos los monasterios y parroquias principales se rezaron responsos, solemnes réquiems y se elevaron oraciones por el eterno descanso del monarca. Al poco tiempo, celebraríanse con otro aspecto y esplendor las noticias del advenimiento de Felipe III al trono. Esta vez hubo regocijo y alegría, desaparecían los semblantes adustos, y en vez de sombrías y doloridas exequias, había contento y alegría. La sociedad novohispana, seguía de lejos, leal y emocionadamente los sucesos de la península.

El contenido poético de las exequias

En el enorme túmulo levantado en el templo de los dominicos, monumento efímero de madera y cartones pintados, cubiertos de crespones, cintas, coronas de trapo, candeleros y cuya confección se confió al arquitecto y relojero Alonso de Arias, auxiliado en el aspecto artístico por el notable pintor Andrés de la Concha, en sus diversos cuerpos, a uno y otro lado de las pinturas emblemáticas, arriba y debajo de las columnas, fueron colocados, primorosamente dibujados, multitud de epigramas castellanos y latinos e

innumerables poesías, más de sesenta y cinco, muchas de ellas anónimas, pues no se menciona su autor, pero otras debidas a autores como Mateo Rosas de Oquendo, el doctor Jerónimo de Herrera, Diego de Ovalle de Guzmán, Fernando de Bustamante, presbítero, capellán del Santo Oficio; Antonio de Brambila de Arriaga; el licenciado Santiago de Esquivel; el canónigo de Tucumán Bernardo de la Vega; Pedro de Medina Vaca; Francisco de Solís; Lorenzo de Herrera, hijo del doctor Herrera, Rodrigo Dávila, fray Luis Vadillo O.P. y un miembro de la Compañía de Jesús.

De esos sesenta y cinco poemas tenemos diez octavas; diez canciones, veintiséis sonetos, que fueron los más numerosos; cinco versos castellanos, una redondilla y ocho versos variados.

De los autores, Mateo Rosas de Oquendo y el canónigo, son mencionados en las nóminas elaboradas por Don Alfonso Méndez Plancarte. El doctor Jerónimo de Herrera aparece en la *flor de varia poesía*. Precisa identificarlos y estudiar su aportación poética más general.

La que aparece registrada en el libro del canónigo Dionysio de Ribera Flores es una poesía de duelo, triste, con aire de endecha, no lírica y abierta a la alegría, al gozo, al amor. Es poesía dolorida que tristemente exalta las virtudes y grandezas del *Rey prudente*. La exaltación gloriosa del monarca está contenida por la tristeza, la añoranza del gran rey fallecido. Por ser poesía dolorida y circunstancial tiene sus limitaciones.

Pese a ello se manifiesta en sus versos el estro poético de sus autores en muy diversas formas. Adopta y adapta las formas clásicas de la canción, del soneto, de las octavas y con ellas construye un edificio sólido, digno de respeto y atención nada deleznable.

Son estos abundantes poemas, los más que se reunieron para ocasiones semejantes, que fueron pocas. Recuérdese que para el *Túmulo Imperial*, levantado en ocasión de las exequias de Carlos V, fueron escasas las aportaciones, sobresaliendo las de Francisco Cervantes de Salazar. En los funerales del hijo del emperador, Felipe II, hubo mayor número de poetas, más despliegue de bardos, de formas poéticas, de hallazgos. Los ecos de la poesía española llegaban a nosotros y enriquecían la inspiración de los poetas novohispanos. Algunas voces de Garcilaso, de Fray Luis de León y de San Juan de la Cruz, de Jorge Manrique, recordamos, al repasar las varias decenas de poemas que se inscribieron y leyeron en el barroco túmulo elevado a la gloriosa memoria del catolicísimo rey don Felipe II. No observamos en este poemario, ni repetición total ni imitación servil, sino logros reveladores de inspiraciones particulares, locales y auténticas, apoyadas en los sistemas, modos, alegorías y emblemas de allende el mar.

Aparecen ya las menciones a elementos nacionales y un embrión nacionalista muy estimable.

Esta poesía si bien suena a Réquiem, no tiene la gravedad del dolor tremebundo que se observa en las letras europeas, sino la música que brota de alguien quien canta las virtudes del ser perdido. Lleva un melodioso canturreo que a través de imágenes muy variadas exalta la memoria del rey difunto.

He separado del fatigoso libro de Dionysio de Ribera Flores, *Relación historizada de las exequias funerales de la Majestad del Rey don Felipe II*, todo este material que ofrezco al conocimiento de quienes se ocupan de la poesía cultivada a fines de la decimosexta centuria en la Nueva España. Algunos poemas podrán ser calificados de sobresalientes, otros de medianos y algunos desechados, pero en todo desarrollo poético tenemos que encontrar una producción de variada calidad.

En un rápido y primer regusto de esta poesía, hallamos logros sobresalientes que animan a una valoración más rigurosa de esta rica parcela. Así notamos los siguientes versos y poemas.

La *Canción* de don Lorenzo de Herrera que empieza; "Suene mi triste canto... y el final de otra canción anónima: ... más en dichosa suerte de holganza/sin temor de mudanza/libre del tiempo, golfo y de enemigo/teniendo el bien conmigo/seguro alegre y siempre venturosos/moro, vivo, descanso en el reposo". O estos versos de esta *Canción*: ... "en divina centella/inflamado del rayo glorioso/contempla el sol hermoso/en descansados gustos de alegría/viendo el eterno día./a quien ni el luto, ni el temor asombra/ni el cerco toca de la oscura sombra", y también la última parte de esta *Octava*: "Que aunque suceda a muerte el sentimiento / no sigue al alma, que en divina alteza/ajena vive de suspiro y lloro,/ilustrada entre bellas luces de oro".

También el primer cuarteto de este *Soneto*, tal vez de Antonio de Brambila: "Soy de Philipo el raro entendimiento/nací, cuando nació; crecí creciendo/la edad cuando rigió, regí trayendo/gloria a la paz, honor al vencimiento".

Y en este de Rodrigo Dávila en el que escuchamos el eco de Jorge Manrique: "Cual río cuyas aguas amorosas/se van calladamente deslizando/las imágenes vanas de las cosas,/así de nuestras vidas van volando/van las calladas horas presurosas/de ver nuestro descuido murmurando,..."

Tiempo es de que se analice esta poesía, se investigue a sus autores y se sitúe en este fin de siglo con el fin de completar el balance realizado por el llorado Alfonso Méndez Plancarte, quien tanto empeño puso en mostrar las excelencias de las letras novohispanas.

En igual forma se han de analizar las versiones castellanas de la poesía de Horacio, Virgilio y Ovidio, señal de conocimiento y cultivo de la obra de los latinos, bien conocidos por nuestros humanistas de finales de la decimosexta centuria.

Lo que nos aporta la obra, es algo desconocido, digno de estudio y comentario, pues así se completa nuestro conocimiento de la lírica patria. Vengan las aportaciones y sirvan para hacer más vasto nuestro saber en torno de esa hermosa faceta de nuestra cultura.

Octava

Sacra corona, cetro esclarecido
insignia de mi reino soberano
quedaos, que quiera Dios está ofrecido
ha de dejar las sombras del bien vano;
venciendo yo gobernando he conseguido
honor eterno preso en velo humano,
ahora roto el vuelo me levanto
al cielo, y dejo en tierra peso tanto.

Seguíase esta canción:

De Marte con esfuerzo no vencido
acrecentó a su imperio nuevo imperio
mi excelso padre, y de lustroso acero
ceñid, o puso ufano en cautiverio
con fuerte brazo de valor crecido
la bárbara nación de rito fiero;
en tierra y en mar ligero
al enemigo osado, osadamente
humilló, desde Oriente
hasta el nebuloso y apartado bando
su nombre dilatando:
más estas glorias en mortal cadena
dejó, y murió, y subió a la luz serena.

De su virtud mirando el simulacro
regí mis reinos, y mayor grandeza
a sus grandes espacios terminados
junté, y rendí con alta fortaleza
duras cervices a mi cetro sacro;
más a la edad, que huye, y allegados
todos esos cuidados,
encendiendo en más fuerza del deseo
aspirando al trofeo
del gozo eterno ciervo ya los ojos

a los ricos despojos,
pues despreciarlos es mayor victoria
que vivir en los gustos de su gloria.
Y a sagrada tiara y reino altivo
ilustres triunfos, lauro glorioso
temida majestad, que a la ancha tierra
y al extendido mar impetuoso
pusisteis freno, ahora pues ya vivo
solo al cielo, do el santo bien se encierra,
y ciego el paso hierra
del camino el que vive en la tiniebla
de esta confusa niebla:
justo es dejar la mísera alegría
de vuestra compañía,
por levantar al Alto Olimpo el alma
do se goza la luz, se da la palma

En otra tarja, en medio de pinturas alegóricas esta castellana:

Dióme el cielo el potentado,
la tierra su rico seno,
el mundo el cetro dorado,
Di su reino dilatado
y hoy por Él dejo el terreno

En otra tarja esta *octava* de Matheo de Oquendo, Secretario del Marqués de Cañete:

A Dios vida, que ya llegó la muerte,
a Dios muerte, que ya llegó la vida;
a Dios vida infelice, que das muerte,
a Dios muerte, que das felice vida:
en ti vida temí la eterna muerte
en ti muerte hallé la eterna vida,

*llegaste muerte y vida a un mismo punto.
A darne muerte y vida todo junto.*

Otro soneto junto a un mechero:

*Misero afán, solícito cuidado,
honras dadas por don, merecimiento
al vuelo de mi noble pensamiento
con glorias de victorias igualado.*

*El gozo vuestro cese, que ha llegado
a la vida el postrero movimiento,
que el mío en mayor bien está ocupado,
Lejos de ti ya el cielo me levanta.*

*A Dios, más si eres tierra avara
en la compuesta piedra el cuerpo cubre;
Que el excelso monte a la luz santa*

*el alma doy con las virtudes claras,
y a ti los huesos, que la muerte cubre.*

El rey en su despedida dice estos versos:

*Con imperio y con gloria florecía,
Más alto que otros reyes levantado,
Y con toda la grandeza de mi estado
con santo acuerdo y justa ley regía:*

*Cuando escondiendo muerte en niebla el día
del alma y cuerpo nudo desatado,
de la sublime cumbre de mi grado
me pone en la pesada tierra fría.*

*¿De Crespo y Midas que aprovecha el oro?
¿los reinos y la sangre generosa?
¿el invicto valor? ¿la heroica diestra?*

*a todo lo mortal ocupa el lloro,
sola virtud ilustre es gloriosa
y ella fue de mi eterno bien la muestra.*

Este soneto en el pedestal del túmulo:

*Sopló la muerte y apagó la llama
de la vida mortal, más no la lumbre
del alma que subiendo a la alta cumbre
por el empireo cielo se derrama.*

*Del tronco de Austria, la segunda rama,
la Parca (no mudando su costumbre)
cortó, y en el cortar, la pesadumbre
terrenal derribó, más no su fama,*

*el alma dividió la muerte dura
del abrazo del cuerpo, y la victoria
ganó con el partir en Dios el alma.*

Lo muerto se quedó en la sepultura,

*y lo vivo más vivo quedó en gloria,
gozando la inmortal y eterna palma.*

Al inquisidor don Alonso de Peralta,
el doctor don Jerónimo de Herrera, en
razón de la historia funeral de este
libro:

*Defensa estable de la Fe Cristiana,
honra inmortal del hombre de Peralta,
que a la gente de luz del cielo salta
enfrenáis, y dais lumbre soberana,*

*Hoy coronada la Ribera ufana
con vario lustre, que sus espacio esmalta,
os descubre esta muestra, que es más alta,
que cuantas mira la grandeza humana.*

*Veréis cifrado en ella de la muerte
el furor, de Philipo la victoria
eterna, que sus hechos esclarece;*

*y que alcanzasteis tan dichosa suerte,
que por vos se consagra a la memoria
lo que la docta mano al mundo ofrece.*

De don Diego de Ovalle de Guzmán:

*Si llevas tu pactolo en la corriente
mezcladas con las perlas tu grandeza
descubriendo con presta ligereza
el oro por tu seno transparente;*

*No estés alegre, porque tu alta frente
tiene en sus aguas limpias tal riqueza
que da valor más rico la fineza
el mexicano lago en si ya siente.*

*Solo quitar Ribera pudo al curso
de tus sonoras hondas el tesoro
y dallo a la región de Nueva España;*

*Mostrando de su ingenio el gran discurso
que lo levanta al estrellado coro,
con fama, que sus obras acompaña.*

De Fernando de Bustamante,
presbítero, capellán del Santo
Oficio:

*Hoy de aquel mayoral de mayor suerte
el pastor generosa de Fenisa,
su vida y muerte, en gloria la eterniza,
cuya memoria a todo mundo advierte.*

*Con sentimiento en llanto se convierte
que de su pecho la grandeza avisa,
por aquel gran señor que estrellas pisa*

triunfando de la vida y de la muerte.

*Alfonso aquel pastor de la Fe, ordena
las exequias y túmulo divino,
y el coronista es docto cortesano:*

*pues pinta con deidad la gloria y pena,
la gloria de que goza el sacro Austriano,
y la pena que llora el pueblo Hispano.*

Del licenciado Santiago de Esquivel
en alabanza del autor:

*Ribera coronada de inmortales
plantas y variadas flores olorosas,
bien muestras que te bañan los cristales
de rica vena y agua caudalosas.
Y así produces yerbas sustanciales
de toda variedad, y hojas hermosas,
y al túmulo real las acomodas
guirnalda bellas y floridas todas.*

*Pues que refieres grave y dulcemente
los debidos honores que ha pagado
el defensor de la fe del Occidente,
al gran Philipo al cielo trasladado,
y dictando tu ingenio preeminente
versos dignos del coro consagrado,
cantas túmulos, arcos y divisas,
pirámides, sepulcros y cenizas.*

*Y en tal sujeto y ministerio honroso
ambos a dos conformes, habéis dado
cada cual por su parte cuidadoso
lo que pudo obligar un pecho honrado.
Que don Alfonso con valor piadoso
y gastos grandes, muestra su alto estado,
y tu doctor Ribera a sus grandezas
de ingenios y arte, añades más riquezas.*

Del licenciado Santiago de Esquivel:

*Ribera fértil, que del alto cielo
con favorables prensas adornada
pudiste enriquecer el ancho suelo.*

*Y tus grandezas inclitas la alada
fama con dulce trompa manifiesta
desde la parte Austral a Scitia helada.*

*Y donde tiene Atlante la molesta
máquina celestial tu nombre suena
hasta el lugar do Febo su luz presta.*

*Tu gallardo discurso, y libro enfrena
en su alabanza la mayor corriente
derivada de más copiosa vena
que el estilo más dulce y eminente
materia triste y funeral memoria
no vio la antigua edad ni la presente.*

*Ni más comprenda breve historia,
Vistiendo con ingenio, industria y arte,
Del sujeto real la altiva gloria.*

*Pues para celebrar parte por parte
las proezas del máximo Philipo,
un mundo entero, fuera poca parte.*

*Y el mármol y escultura de Lisipo,
y de Apeles los cuadros de la fe
y sabia cortesía de Aristipo.*

*Y vemos que tu raro ingenio llama
diversas cosas bellas y curiosas
y en un compendio breve las derrama.*

*Empresas, y divisas ingeniosas
jeroglíficos, letras y figuras,
mármol, cuadros y estatuas generosas.*

*Y así la antigua Menphis las hechuras
calle sus pirámides terribles
que fueron de sus reyes sepulturas.*

*Y el mundo sus milagros imposibles,
que más es de imposibles haber hecho
inclito don Alonso de Peralta*

interviene el valor de tu alto pecho.

*Que tu propia virtud que tanto esmalta
tus grandezas ilustres no podía
en servir a tu Rey hacerle falta.*

*Que como a defensor de la Fe pia,
el que en el Nuevo Mundo la defiende
funerales exequias le debía,*

*Y tales como el libro comprende
que las mandó hacer tal caballero,
que de sangra clarísima desciende*

*Y así al mayor monarca y más entero,
en celo, el celador de la Fe pura,
celebró su memoria, y el postrero*

hecho, que lo subió a la eterna altura.

Del canónigo Bernardo de la Vega,
describiendo lo que contiene este
libro:

*La vida santa, observante y pura
y la muerte que triunfa de la muerte;
de Philipo segundo Rey de España.
El hecho que al pensar más alto apura,
y lo más de valor que el mundo advierte,
que el sentimiento y pensamiento entraña.
La gloria que acompaña
el alma del hispano*

que al opuesto de Roma,
la dura cerviz doma
con brazo fuerte, y belicosa mano,
que a la arrogancia altiva,
y al cuello terco y presunción derriba.
las exequias y asalto lastimoso,
la soledad que llora el mundo solo
del sacro Rey, que en el etéreo canta
el túmulo real, y ornato honroso,
a quien pudo envidiar el Mausoleo
con el aplauso y gravedad que espanta,
la ofrenda honrosa y santa,
de un sentimiento tierno,
por ser más agradable,
que Alfonso al bien estable
le consagra a su Rey, cuyo gobierno
de su cetro en el suelo
hizo escalón para subir al cielo.
Hoy describe el divino coronista
en su llorosa y funeral historia,
con que el alma compunge y entenece.
La vista humana piérdela de vista,
y por no ser capaz de tanta gloria
con un silencio al mundo la encarece.
Cuanto el orbe apetece
de conceptos divinos,
y cuanto en libros vemos,
haciendo con extremos
de nombre eterno a sus autores dignos,
verán en su discurso,
y que Apolo por verlo para el curso.
Con pecho blando y misero lamento
el alma piadosa lea atenta
la obra que ha de obrar para ganarse.
Y al cielo, levantando el pensamiento
de aquesta vida y de esta muerte sienta
lo que puede elegir para salvarse:
y verá eternizarse
un Rey en el Empireo,
a cuyo cuerpo santo
el mundo con espanto
le pondrá por milagro ardiente cirio
cierta señal que el alma
de vida eterna mereció la palma.
Canción, callando le dirás al mundo
lo que explicar a humanos se le niega
pues al silencio el no saber remites.
Que Philippo segundo, al fin segundo
por verse enternizar su historia entrega
y tu, porque esta gloria no limites
dirás que en breve suma
su vida y muerte mide con su pluma.

De Pedro de Medina Vaca:

Desde el sepulcro helado
Philippo, y desde el cielo
levanta el cuerpo, y baja el alma bella,
escucha el canto y celo
del cisne regalado
que en bronce vividor tu nombre sella.

donde no hará mella
el tiempo ni el olvido,
por ser la voz de acero:
el Betis y el Híbero
en este nombre quedará dormido.
Porque esta gran Ribera,
no ríos, mas el mar vencer pudiera.
Las armas y victorias
los triunfos y banderas
el túmulo bellissimo y soberbio,
perdurables memorias
Philippo ver esperas,
pues del brazo Christiano fuiste el nervio.
De hoy mas será proverbio
y con razón usado,
que en extremo hay ribera
de eterna primavera,
donde es ambrosía el pasto del ganado:
su voz es de serena
mas encanta con canto de sirena.
Virtudes y grandezas,
figuras por efectos,
empresas, y divisas y trofeos.
Inmortales proezas,
sentidos y conceptos,
que vencen en la altura coliseos,
purísimos deseos,
allí a la par cumplidos:
y los golpes osados
al punto ejercitados,
en obra y en victoria convertidos,
nuestra ribera canta,
escuche al ruiseñor, que el cisne canta.
y aunque la dulce avena
jamás le hiciera falta
Por ser en toda Arcadia la primera,
dióle la mano llena
de fruta la Peralta.
despertó el apetito la alta pera,
y así esta voz entera
de dos recibe aliento,
y con esta herida,
vuela más esparcida
por el orbe, tocando con su acento
la estatua de memoria,
donde vive de dos el trono y gloria.
A Dios canción, que importa
silencio en la Ribera, por que es corta
la gloria que dais, y hacéis falta
no subiendo al pimpollo de Peralta.

Del doctor Jerónimo de Herrera, en
alabanza de la católica majestad del
rey nuestro señor don Philippo
segundo:

Humille al duro yugo el cuello enhiesto
el feroz enemigo más osado
ahora ¡oh gran Philippo glorioso!
que dejado en la tierra ya el molesto

peso subiste con trofeo ornado,
suelto y alegre en vuelo generoso
al cielo luminoso,
por entre ricos cercos, entre estrellas,
por entre inmensos orbes, y astros de oro,
del fuego la región con luces bellas
ilustrando inmortal, donde el tesoro
de la gloria sin término haz hallado
que en siglo alguno no será usurpado.
Tu singular valor ejércitos formados
con espantoso hierro reluciente
y con horror del trueno producido
de los duros cañones fabricados
del Cíclope humoso en Etna ardiente,
domaron brava gente.
Húmedo se volvió el seco elemento,
el extendido mar, campo manchado
de los vencidos con humor sangriento
y fue en tu honra el triunfo celebrado,
cuya grandeza vida a la memoria
dará quitando al tiempo la victoria.
Hecho ilustre, más ya más claro hecho
aguarda el reino de tu larga mano,
con que el imperio en cumbre levantada,
se verá si de amor abres el pecho:
y es, que puesto en el gozo soberano
del inglés ciego la arrogante armada
con firme diestra armada
del vigor de celeste fortaleza
en medio romperás de roncadas ondas
del punto arrebatado con braveza,
y del profundo en las cavernas hondas
a los cuerpos darás la sepultura,
las naves desharás en Sirtis dura.
Tu tela de los reinos que haz dejado
por el más alto premio, que se alcanza,
llegue la voz humilde al santo oído:
tu suelo, que registe, sea amparado
con tu favor, que alienta la esperanza
contra el impio furor aborrecido
en impetu encendido:
que mirándolo tu del sacro cielo
será llevado en boca de la fama
del vencimiento el canto, y con el vuelo,
penetrará do hiela y do se inflama
la tiniebla, y la luz, la noche y día
publicarán del reino la alegría.
¿Faraón, que harás tu intento vano,
tus robustos ejércitos vencidos,
tus carros anegados, tus banderas
rotas en el estrecho mar insano
tus suertes de armas hórridas, vestidos,
surcando sin calor, vital las fieras
hondas menos ligeras,
¿impedidas de bárbaros despojos?
Ocupará tu pecho el frío espanto,
tu rostro niebla, lágrimas los ojos,
dolor intenso de áspero quebranto
el sentido, y tu vida en hondo lago
tendrá muerte con no acabado estrago?
Y tu señor excelso, a cuya fuerza

más que de Marte airado poderosa,
el orgullo mas fiero y denodado
temblará: tu valor heroico es fuerza,
que del Monarca el alma piadosa
promete al brazo tuyo, confiado
en el cielo sagrado;
que tu imperio será, y tu nombre en tanto
eterno, que en su seno el mar hundoso,
tuviere peces, y el tendido manto
colores, y la tierra el tronco hojoso,
y a las aves el aire diere aliento,
y tocare del fuego el rojo asiento.

Soneto que se puso en la moldura que
corría del pedestal:

Sube la fe volando en alas de oro
hasta el umbral del cielo y su alta puerta
que la tiene de par en par abierta
porque entre de Philippo el gran tesoro.

No es despojo del Indo, ni del moro
presa rica es de fe, que con la cierta
mano de su verdad dejó desierta
la casa de la scisma, y puesta en lloro.

Con esta rica presa alza la fama
su vuelo, y toca en la suprema esfera,
y con sonora trompa alegra el cielo.

la región celestial su son inflama
y la entrada del gran Philippo espera
que con trofeos mil sube del suelo.

En el fin del sotaplinto se puso esta
castellana:

Di a la tierra el cuerpo helado,
al mundo mi clara fama,
el alma encendida en llama
al asiento consagrado
donde el bien, al bueno llama.

Versión de un texto de Virgilio:

Soy lauro glorioso,
de la virtud y triunfos ornamento,
portero cuidadoso
de la casa, y defensa
que los fieros rayos siempre ahuyento.
Llevo paz a la ofensa,
y al fuerte que ha vencido
descanso, gozo, premio esclarecido.
Adora el lauro bello
Febo, y cual bello Febo coronado
ornamos el cabello,
debajo de mi rama
del juego a los dos brazos el cuidado
al ejercito llama,
que admira las señales

de mis heroicos hechos inmortales.
Tengo eterno verano,
estos muestran su lustre reluciente,
de do el virgiliano
asiento tiene el nombre,
que seguro estará de rayo ardiente
sin que el furor le asombre,
cuanto fuere en mi gloria
perpetuo con las hojas de victoria.

Al final de primer lienzo aparecían
estos versos:

Cual el árbol frondoso
plantado a la garganta
que corre de agua pura,
y da fruto sabroso;
y sus ramos levanta
con nueva vestidura
de sus hojas pomposas
y flores olorosas,
tal es el alma santa
de Philippo, que planta
su planta en la ribera
do siempre gozará de la primavera.

En el segundo lienzo apareció una
octava en coloquio, igual que la de la
fama, ya registrada:

T ¿Qué haces di, Victoria?: vivo en llanto
T ¿Llanto puede ocupar tu alegre suerte?
V Murió Philippo, cuyo valor tanto
quitó del mundo la envidiosa muerte.
T Mayor victoria alcanzas, pues al santo
cielo voló postrado al hado fuerte,
victoria, triunfa, ensalza la victoria,
con que venció y subió a la eterna gloria.

A esta octava respondía un soneto
que se puso en el otro ángulo del
pedestal:

En el eterno asiento de firmeza
pisáis, Philippo el estrellado manto
encendido en la luz del esplendor santo
del sacro rey de la inmortal belleza.

No turbará la excelsa fortaleza
de vuestro gran valor mortal espanto,
que es seguro descanso, todo, cuanto
alcanzaste ilustres dos memorias.

una en la tierra, el reino poseyendo,
otra gozando el bien en la alta cumbre,
más de aquestas dos sublimes glorias

mayor, la que está el alma enriqueciendo
con pura, esclarecida y nueva lumbre.

En otra pintura al lado de unos versos
salidos de la Epístola a los Gálatas,
había lo siguiente versión castellana:

Vivo yo, mas ya no yo,
porque del mortal encuentro
el cuerpo en tierra cayó
pero el alma fue a su centro,
y así muerto vivo yo.

A su pie estos versos que declaraban
parte de un trozo de la Carta a los
Corintios:

Espiritu sagrado
que subes al celeste firmamento,
con peso sosegado,
llegado haz al asiento
que mereció tu celo;
ya reimas en el cielo,
con otra nueva forma,
de rey, que en rey divino te transforma.

En el segundo pedestal se impusieron
estos otros versos:

No las grandes crecientes
del Nilo caudaloso,
ni las fieras armadas
de las bárbaras gentes,
que corren por sus hondas presurosas,
ni las aguas turbadas
del sur, y el océano,
pudieron con su mano
apagar en Philippo la encendida
llama de caridad, que a eterna vida
sin perder de este fuego una centella
sube resplandeciente como estrella.

De fray Luis Vadillo O. P. esta
redondilla:

Oh gran rey esclarecido,
Santo Domingo te llama
y esta virgen que te ama
es la que tu has defendido.

Al pie de octava:

Detente oh rey, oh sol no te adelantes, aguarda
para un poco, tarda, espera,
¿no ves que para el reino no hay atlantes?
Ya no puedo esperar, que bien quisiera
que me lleva la muerte, y no te espantes,
a setenta y dos años que me espera,
y aunque Philippo muere, hoy sube al cielo
y al rey Philippo deja acá en el suelo.

Soneto

¿Quién en aqueste espacio está encerrado,
cubierto con el túmulo espantoso?
Un príncipe en gobierno venturoso,
del imperio y de vida despojado.

¿El que tiene a sus pies sujeto? El hado
vencido en el asalto riguroso.
¿Qué celebra la fama? El valeroso
esfuerzo de su pecho no domado.

¿Quién es aqueste? Aquel que defendiendo
de Christo la fe santa, nueva gloria
acrecentó a su gloria floreciente.

Di el nombre. El gran Philippo, que muriendo
rindió a la muerte, y lleno de victoria
vive eterno en el cielo reluciente.

Castellanas

Paseando el mexicano
lago en Philippo elevado,
por saber si se le ha dado
en el trono soberano
lo que en Dios tiene ganado.
Dije ¡ay! con un gemido,
¡ay! el eco respondió,
Y yo dije ¿quién me oyó?
Del eco fue respondido
con voz sonora, yo.
Dijele ¿sabrás decir
lo que te preguntare?
Respondióme el eco, haré;
yo con gozo de le oír,
de esta suerte pregunté:
dime ¿Philippo, ha hallado
el escondido tesoro?
Respondióme el eco, oro
oro dino atesorado
de su fe en el sacro coro.
Dije por quedar seguro
¿esto que digo es así?
Respondióme el eco, sí.
Yo que sólo esto procuro
luego el luto eché de mí.
Dije, diré que la palma
de la gloria tiene fe?
Respondióme el eco, fe
promete, la goza el alma
esto me dijo, y se fue.

Estos versos compuso Bernardo de la
Vega, Canónigo de Tucumán:

Ha querido el santo celo
de mi oficio descuidarme
con dar a entender al suelo,
que por gozarse y gozarme

goza Philippo del cielo.
Dice que el eco le advierte
que en el fin de su partida
goza del bien sin medida
siéndole medio la muerte
de gozar eterna vida.
El erario de la fe
y tesoro del gobierno
ya tan premiado se ve
que de lo mortal se fue
a ser immortal y eterno
Y a mí el cuidado me queda,
cuidado en no descuidarme,
de Philippo, pues honrarme
puede, diciendo que queda
en el cielo eternizarme.

Siguiendo este mismo intento,
prosiguió con estas castellanas en que
el cuidado de la pregunta:

¿Al gran rey qué le han dado?
Dado la gloria palma,
¿alma en tan supremo estado?
A do toca Dios su palma.
Felice rey cuya vida
ida donde se transplanta,
planta para Dios, y planta
que a muerte pisa rendida.
¿Y tiene corona bella?
Ella y el cetro glorioso
¿oso decir que es estrella?
Ella en cielo luminoso.
Vuélvome con este bien,
bien puedes, pues ya el divino
himno entona el rey con quien
en el cielo de continuo
cantará al cordero, amén.

Traducción al romance de una oda de
Horacio:

Levante más eterno mi trofeo
que de metal la estatua fabricada,
y más excelso que el real asiento
de soberbias pirámides alzadas;
a quién ni tempestad consumidora
derribará, ni el Aquilón airado,
el curso innumerable de los años
ni del ligero tiempo el presto vuelo.

Al colateral de esta traducción se
puso este soneto famoso:

Soy Philipo de Carlos producido,
el fue del turco vencedor primero,
segundo, que fue en el Egeo fiero
a mi valor sus fuerzas he rendido.

El padre con trofeo esclarecido,
el hijo de sus triunfos heredero,
el uno, el otro defensor severo
de la fe, se mostró jamás vencido.

Ahora en breve espacio sepultado,
siendo a mi nombre corto el cerco inmenso
del orbe, me levanto eterno al cielo:

donde no en la vigilia del cuidado,
mas en segura paz todo suspenso
mejor defenderé el hispano suelo.

Al pie de una columna se pusieron
unas Castellanas:

Términos puso en el suelo
en plus ultra de estas dos,
pero hoy pasando al cielo
suben sin término a Dios
que es el plus de aqueste vuelo.
Gran Philippo, habéis volado
con alas de caridad,
donde ya deseclepsiado
del humo del cuerpo helado
viviréis en claridad.

Soneto

¿Turbaste? no te turbes pecho humano,
de ver el cuerpo en este monumento,
que a lo terreno aqueste frío asiento
ordena muerte con avara mano.

¿Turbaste? no te turbe, que temprano
o tarde, cuanto cria el elemento
duro, trueca el ligero movimiento
de la suerte fatal en polvo vano.

Y si quiere turbarte, viendo el alma
del Rey, hijo de Carlos colocada
en la eterna región de la alegría:

El horror cesará, que quien la palma
alcanzó de la gloria deseada
el canto no consciente de agonía.

El autor de este soneto también hacía
epitafios latinos. Un soneto de Don
Francisco de Solís:

Salió el dorado sol por el oriente
alegrando la tierra con su lumbre
levantóse ligero a la alta cumbre
con presto vuelo y dorada frente;

ilustró con su luz resplandeciente
de nobles reinos, varia muchedumbre,
regaló con calor y mansedumbre
los más helados pechos de la gente;

pero su curso, que de grado en grado
por los lúcidos signos le traía
hasta el profundo ocaso le ha bajado.

Y al fin de su curso, lumbre y alegría
hoy esconde la tierra en breve estado,
al que ayer en el mundo no cabría.

En el sotaplinto del anterior se puso
este otro soneto:

Yo viví con corona y cetro de oro
de la vida sujeto a la mudanza
llena de afán y misera esperanza
de fugitivo bien, y eterno lloro.

Yo vivo en el supremo y santo coro,
donde de gloria a la inmortal holganza
el horror de la niebla nunca alcanza
ni robará la muerte mi tesoro.

Yo triunfé con la palma de victoria
en duro marte con valor comprada,
que será igual de tiempo con el vuelo.

Yo triunfo ya, con más ilustre gloria
de más altos despojos alcanzada
seguro en la región del claro cielo.

Octava

Hermoso, limpio, sacro, inmenso cielo,
si tú te gozas porque en alto asiento
has dado al rey que dio leyes al suelo,
con inmortal grandeza acogimiento,
alégrase la tierra en el consuelo
ahora de tu grave sentimiento,
pues a tu grande cumbre ya acompaña,
el honor, el valor, la luz de España.

Habla el rey en este soneto:

Con imperio y con gloria florecía
más alto que otros reyes levantado,
y toda la grandeza de mi estado
con santo acuerdo y justa ley regía.

Cuando escondiendo, muerte en niebla el día
del alma, y cuerpo el nudo desatado,
de la sublime cumbre de mi grado
me pone en la pesada tierra fría.

¿De Cresos y Midas que aprovecha el oro?
¿los reinos y la sangre generosa?
¿el invicto valor? ¿la heroica diestra?

A todo lo mortal ocupa el lloro,
sola virtud ilustre es gloriosa,
y ella fue de mi eterno bien la muestra.

Versos de Lorenzo de Herrera, hijo
del doctor Herrera:

De do las puertas de oro
abre la mensajera del sol claro,
hasta do engendra el sueño perezoso
la noche, asombre el golpe del avaro
hado, y mi grave lloro
dilate el Ponto hondoso
el curso presuroso,
y a la doliente voz de mi lamento
resuenen los peñascos con gemido
el caso sucedido,
jamás falte el cuidado al sentimiento,
pues veo, triste España, aquí encerrado
mi defensor amado.

Soneto

Venció la muerte, pero el firme intento
del espíritu nuestro soberano
venció, haciendo el paso arduo llano
para los gustos del eterno asiento.

Que solo pudo en este vencimiento
del hado riguroso la impía mano
poner el cuerpo con furor insano
en el callado y triste movimiento.

Mas negaron al crudo los despojos
el valor y la fe que defendiendo
en vida, en muerte habéis también guardado.

Dichoso vos, que ya con nuevos ojos
entre lumbres del cielo reluciendo
el bien miráis de gloria coronado.

Soneto de Don Lorenzo de Herrera:

El curso de la vida terminado
con fiero asalto de la muerte dura
declara aquesta noble sepultura
de un príncipe, que en ella está encerrado.

Cuanto pudo impedir el crudo hado
que a ninguno su límite asegura,
impidió aqueste horror y sombra oscura
de que miras el túmulo cercado.

Mas del Señor inmenso de grandeza
queriendo darle el premio merecido
de la paz, de la guerra, del gobierno:

dijo a la parca, rompe la estrechez
del cuerpo, con que el alma está impedida:
rompióla, y levantóse al premio eterno.

Seguíase este cuarteto:

Las victorias de los godos,

Anibales, Escipiones,
aquí abatan sus pendones:
que esta es, la que vence a todos.

Soneto que explica la buena suerte de
su majestad, en que habla de su
traslación dichosa:

Dichoso rey, que vivo ya sin vida
y reino, sin temor de ver la muerte
porque pasando el trago de la muerte
pase pisando el cielo a mejor vida.

Que desligar el alma desta vida,
es deshacer el nudo de la muerte
porque vivir sin Dios es más que muerte
¡Oh cuán sabrosa y leve fuiste, muerte,

y la muerte por Dios es más que vida
llegando a tiempo y punto que mi vida
estaba sepultada ya en mi muerte!

Muy más dulce me fuiste que la vida,
y en darme entonces vida, fueras muerte
como por darme muerte, fuiste vida.

Soneto de Lorenzo de Herrera:

¿Qué haces, virtud sacra, en este bando,
sentada en urna de cenizas llena?
Derramo de los ojos larga vena
misera mis cabellos arrancando.

¿Quién engendró el dolor? ¿qué estás llorando?
¿quién la voz a la lengua libre enfrena?
el profundo silencio y grave pena
me suspenden mis lástimas callando.

¿Qué causa? Haber terminado ya la gloria
que me daba el gran rey de las Españas,
ilustre resplandor de todo el suelo.

¿Fuese? Murió pues sola la memoria
te puede consolar las hazañas
con que subió inmortal al alto cielo.

Al pie de este soneto, se puso esta
canción del mismo Dr. Lorenzo de
Herrera:

Suene mi triste canto
del misero suspiro en compañía
de donde nace el velador lucero,
hasta do el sol su resplandor envía:
y con no usado llanto,
más espantoso y fiero,
sustentando en ligero
vuelo rompa los montes levantados,
abra las peñas, turbe el mar hinchado,

del orbe dilatado
derribe fuertes muros bien trabados,
pues yo la Nueva España, he ya perdido
mi rey esclarecido.

Quién muere levantado en generoso
vuelo a la luz del consagrado asiento
las alas del heroico pensamiento
haciéndose inmortal y glorioso:
deja el misero bien y afán penoso
de las sombras del frágil fundamento
y alcanza en el celeste ayuntamiento
los eternos contentos de reposo.
Salve, Philippo sacro, que muriendo
la niebla habéis dejado, el claro día
gozando en la alta cumbre colocado.
A do con bello resplandor luciendo;
miráis lleno de gloria la alegría
del santo de los santos venerado.

Al pie seguía esta canción:

En el supremo inaccesible bando
de la inmortalidad de inmensa gloria,
con ilustres despojos adornado,
y trofeos eternos de victoria,
no el tiempo usurpador amenazando
a mi grandeza, ni el furor airado
del hondo mar turbado,
ni el impetu de horror fiero temiendo
del enemigo estruendo,
más en dichosa suerte de holganza
sin temor de mudanza
libre del tiempo, golfo y de enemigo
teniendo el bien conmigo,
seguro, alegre, y siempre venturoso
moro, vivo, descanso en el reposo.

En una tarja graciosa, y en bizarro
cartón aparecía de Don Francisco de
Solís, este soneto:

Quemó al segundo fénix de este suelo
el encendido sol, cuando salía,
y convirtiendo el cuerpo en tierra fría,
el alma se llevó para su cielo.

La tierra se cubrió de triste velo
y la esfera turbando su armonía
con lluvias y con truenos parecía
el caso, lamentar, gemir tal duelo.

Pero el divino sol enamorado
de aquesta singular naturaleza,
sobre las muertas brazas inclinando.

Y entre llantos y lutos de tristeza
otro tercero fénix ha engendrado
cual hijo de su luz y su grandeza.

Arriba de un pedestal se puso una
letra que dice:

¿A dónde vengo forzado?
¿no es tiniebla mi aposento?
¿temor y de luz cercado?
Es que el rey mudó su intento
y hame el nombre a mí mudado
de temor en vencimiento.
Temía, mas ya no temo
porque se trocó mi suerte
en otro contrario extremo,
que de portero de muerte
lo soy de este rey supremo.
Y aunque ofrecerle no puedo
lo que merece y yo pienso,
ya que me hallo sin miedo
derramaré mirra e incienso
aquí con semblante ledo.

A mano derecha del pedestal puso
este soneto:

El túmulo, que miras levantado
en el espacio desta dura tierra,
del vencedor Philippo el cuerpo cierra
de títulos ilustres rodeado.

Mas de santo esplendor acompañado
el coro al alma venturosa encierra
que del conflicto de la cruda guerra
subió libre a la luz del sol dorado.

Será perpetua al suelo la memoria
de su valor excelso, a quién olvido
podrá esconder jamás en sombra oscura;

y el cielo, que le dio rayos de gloria
en supremo lugar esclarecido
se gozará en su nueva lumbre pura.

A unas letras que dicen esto:

Espanto soy conocido
y hoy me espanto yo de ver
al que nunca fue vencido,
que se ha sabido vencer
dejándome a mí vencido.

Gozó estas letras Bernardo de la
Vega, canónigo de Tucumán:

En esta tierra me puso
el temor, y es cosa extraña
ver aqueste horror confuso
que el sentimiento dispuso
de Philippo rey de España.

De ver el dolor crecido,
a quién acompaña el llanto
estoy fuera de sentido,
y pues de verlo me espanto,
espanto soy conocido.
Con ver la tragedia amarga
aquí la muerte me exhorta
que el representarse encarga
a la vida, vida corta,
y a la muerte vida larga.
Y cuanto al mundo ha admirado
no me ha alterado mi ser
ni a mi condición trocado,
de ver nunca me he espantado,
y hoy me espanto yo de ver.
Pues el pensamiento tengo
atónito yo me admiro
y a un extremo extraño vengo
si de mirar lo que miro
con mi espanto me convengo.
De ver trocada mi suerte
la más nueva causa ha sido
ver que mi espanto me advierte
que hoy ha vencido la muerte
al que nunca fue vencido.
Canta el vencido victoria
por ser su suerte tan buena,
que triunfando su memoria
el suelo llora su pena
y el cielo canta su gloria.
Quedar puede el muerto ufano
llegando el mundo a saber,
que hoy me espanto y vengo a ver
a Philippo rey hispano
que se ha sabido vencer.
Después de vencer la tierra
el padre del cristianismo
tal valor su pecho encierra,
que así se hace la guerra
con que se vence a sí mismo.
En la vida que ha vivido
más que hombre se ha mostrado
y en la empresa que ha emprendido
pues de la muerte ha triunfado
dejándome a mí vencido.

Soneto puesto en el colateral:

Soberano Philippo, honor del suelo
¿qué haces en aqueste humilde bando?
La dura muerte viene acelerando
la división del alma y mortal velo.
Tu cuidado es virtud, tu asiento el cielo,
rompe los astros, que te están mirando
que yo virtud alegre acompañando
iré tu lustre y generoso vuelo.

Cuando lo inmortal y lo terreno
trabado en fuerte nudo la estrechez
de rigurosa parca fue cortada.

Recibió el puesto inmenso de luz lleno
al alma bella libre de graveza
y fue la tierra al cuerpo morada.

En uno de los pedestales se puso esta
letra:

¿Qué es esto como no siento?
¿El sentimiento no soy?
soy pero he mudado intento,
porque a Philippo dan hoy
corona en el firmamento,
y al gozarla con el voy.

Seguíase luego esta canción:

Entré las puras luces de dorado
cielo, desnudo de mortal corteza,
vestido ya con nueva lumbre bella
vice inmortal con inmortal grandeza
el sacro rey Philippo, y levantado
en trono inmenso puesto por estrella,
en divina centella
inflamado del rayo glorioso
contempla el sol hermoso
en de cansados gustos de alegría
viendo el eterno día,
a quién ni el luto, ni el temor asombra
ni el cerco toca de la oscura sombra.
Allí conoce al caro padre ilustre
inclito emperador de las Españas
más alegre y dichoso y más luciente,
que cuando levantó de sus hazañas
la fama en alas de oro el vivo lustre
al feroz enemigo en marte ardiente
quebrantando la frente,
el hijo al padre, el padre al hijo en blando
acento razonado
descubren el valor de la victoria,
que los subió a la gloria
do eternamente viven colocados
con paz segura, libres de cuidados.
Desde el sublime y soberano asiento
miran los astros y región del fuego,
el aire, que se esparce en leve vuelo,
y el hondo mar, que corre sin sosiego,
el terrestre y pesado fundamento,
y cuanto cerca el luminoso velo,
el tendido suelo
de sus soberbios reinos dilatados,
los bárbaros domados
con hierro ensangrentado y ronco trueno
de horror fogoso lleno,
y aquesto, y más, que hubiera todo junto,
juzgan al bien, que tienen por un punto.

En una colateral se puso esta octava:

En torno del eterno monumento
hable el mudo silencio, y la tristeza

rompa el curso del mísero lamento
cantando de Philipo la grandeza:
que aunque suceda a muerte el sentimiento,
no sigue el alma, que en divina alteza
ajena vive de suspiro y lloro,
ilustrada entre bellas luces de oro.

Luego de los signos del sentimiento,
venían estos versos:

Una extraña novedad
veo, que me maravilla,
que quiero tener mancilla
del fin de su majestad
y no puedo en mí sentilla.
Y cuando quiero llorar
lo que manda el sentimiento,
los ojos siento enjugar,
y contra mi propio intento
por gemir doy en callar.
Y como soy producido
del sentimiento gran miedo
que he de ser reprendido
porque a llorar soy venido
pero llorar ya no puedo.
Y mirando si yo soy
el llanto, quedo sin tino
porque si a llorar atino,
vuelvo contra lo que voy
sin proseguir mi destino.
Al fin mirándome bien
soy ya otro del que he sido
porque el dolor ha huido
y ha llegado el sumo bien
que me ha en gozo convertido.
Trocó Philipo su estado
Y trocómelo a mí la suerte
el dejó mortal cuidado
yo ser ministro de muerte
y por esto no he llorado.

Abajo de la figura de una mujer vieja
que representaba la tierra esta
canción de cuatro estancias:

Llanto y luto de horror acompañado,
Y tímulo cubierto en veste triste
muestren de la espantosa y cruda muerte
el furor riguroso no domado,
que con obscura niebla el orbe viste,
usurpando la gloria a nuestra suerte
su tiranía fuerte.
Vaya la voz a donde el nuevo día
cobra el color perdido, a donde cubre
la luz, la sombra de la noche fría,
por do el estío su rigor descubre,
por do de Scitia el hondo mar hinchado
esta con densas nieves apretado.
Hoy, el hado cruel cerró los ojos
al príncipe más alto y generoso,

que todo el ancho mar ha conocido,
y el suelo, que le daba los despojos,
el cerco de mis tierras espacioso
queda sin su ornamento obscurecido,
el sol ha recibido
y la luna en su faz hermosa el manto
de obscuridad, los astros, las estrellas,
niegan su clara lumbre oyendo el canto
acerbo de mis miserables querellas,
murió el sacro Philipo rey potente
de la apartada y conocida gente.

En la segunda hoja:

Al inclito valor esclarecido,
que puso nuevo espanto a gentes fieras
¡que su fuerza domó con firme diestra
que en el hondoso piélago extendido
hundió del enemigo las banderas!
¿Al que es de virtud santa ilustre muestra
y con su ejemplo muestra
como puede subir a suma alteza
de prudencia y justicia, quien sostiene
en sus hombros del reino la grandeza
el sueño de la cruda muerte tiene?
Tiénelo, que la osada no rehuye
imperio y cetro que en su ley se incluye.
Tú, muerte horrible, que con dura mano
rompiste el nudo estrecho, y la victoria
alcanzaste dejando sin aliento
el cuerpo, que el honor quita a tu gloria
el grande, inmenso, eterno vencimiento,
con que rindió tu intento
la alma inmortal, que en el dorado bando
otro reino mayor, otra corona
de más sublime estima está gozando,
a quien la eternidad el cielo entona,
que el señor soberano el premio justo
dio del descanso al gran Philipo augusto.

Diálogo entre el genio y el
entendimiento:

- Ent. Decid genio, qué motivo
os transmontó en estas partes?
Gen. El mostrar que el nombre es vivo
del rey, cuyas grandes partes
yo sólo noto y escribo.
Ent. ¿Es de Philipo, que es muerto
el nombre que dices vive?
Gen. Si porque en mí quedó cierto
su valor, su ser: tú escribiste
de su vida el gran concierto.
Y quiero entendimiento
si alguna vez la pluma
subiste al sacro asiento,
que ahora por la suma
de su merecimiento,
cuenten a todos lo que gana el cielo
y lo que pierde nuestro esperio suelo.

Porque nunca en el suelo
puso planta criatura,
que mostrase del cielo
su máquina y pintura,
como el humano velo
descubre en esta bella vestidura
que es de este rey naturaleza pura.
Y a este ilustre coro
la traigo por grandeza
de su mayor tesoro,
porque de su belleza
que excede a plata y oro
y vence de las perlas la pureza
se viste el nuevo Rey por extrañeza.

- Ent. Pues acabado el oficio
nos iremos mano a mano
porque quiero de mi mano
hacerle otro gran servicio
que no es menos soberano.
Gen. Será lo joya debida,
que a su grandeza le cuadre.
Ent. Un compás con que se mida,
con que se midió su padre
en la muerte y en la vida.
Este globo también junto
le he de dar, porque en su rueda
sin que se pierda el asunto
del Rey Sacro: tomar pueda
a su gran gobierno el punto.
Puso la una punta al centro
del globo, y tiró el compás,
con tanto acierto y compás
que el círculo hizo encuentro
sin quedar la línea atrás.
Y con este grande aviso
midiéndose en este polo,
aunque el suelo dejó solo,
se trasladó al paraíso
sobre el Anártico polo.

Del presbítero y bachiller Antonio de
Brambila este soneto:

Quien su vida con Dios, compasa, pasa
seguro en muerte tan estrecho, trecho,
pues no le paga a su despecho, pecho,
que es para Dios la vida escasa, casa.

El amor con que a Dios abraza, braza
de un nuevo fénix, mas deshecho, es hecho
mirando al mundo en vida estrecho, hecho
puso a la majestad sin tasa, tasa.

Pues nada dura ni el tesoro, es oro,
que es bien que cuando más desata, ata,
y deja el alma más querida, herida.

El gran cesar sacó del lloro, oro,
y le es vida la muerte ingrata, grata,
porque es la muerte apercebida, vida.

Soneto en correspondencia con el
anterior:

Soy de Philipo el raro entendimiento,
nací, cuando nació; crecí creciendo
la edad; cuando rigió, regí trayendo
gloria a la paz, honor al vencimiento.

En el extremo trance en que el aliento
del cuerpo estaba muerte despidiendo,
acompañe al espíritu, y subiendo
volé con él al puesto del contento.

Por mí igualó los astros con la fama
de altivos hechos y de nombre ilustre,
haciéndose inmortal en todo el suelo;

Por mí de amor divino en viva llama
encendido con más eterno lustre
estrellas pisa en la región del cielo.

Entre las figuras pensamiento y deseo
se puso ésta canción:

Pens. Deseo, que con alas extendidas
por la región del fuego puro ardiente
cual el rayo flamígero partidas
deja sus llamas con ligero vuelo,
¿por qué dejas al suelo?

Deseo Porque queda la gente
turbada en ver caído
de España al león temido
y la tierra en la sombra oscura y fría
medrosa de occidente,
y Philipo me envía
al celestial oriente
con nueva, de que parte
a su alegre región do, tiene parte.
¿Y vos señor, a que parte
cuál viento y más ligero
hacéis tan bello y levantado vuelo,
y sin parar en parte
con el rostro severo
moviendo os remontáis del bajo suelo,
y en este sutil velo,
que es de gracia pureza,
por sendas tan estrechas
arco lleváis y flechas
de los orbes pasando la grandeza,
y con altiva frente
no paráis hasta el cielo más lúcente?
De guerrero tenéis muestra.

Pens. Pensamiento es mi nombre,
más cierto en el tirar que el diestro Apolo
hice fuerza en mi diestra
y flechando a Dios hombre
despaché en virtud de mi arco solo,
y a este mausoleo
vuelvo en vuelo fogoso
a decir que en el seno

del paraíso ameno
el gran Philipo queda ya gozoso
de rosas, mirtos, flores, coronado
que el cielo nos esparce de su grado.
Yo he hecho la jornada
al alto de la gloria
y he visto de Philipo la corona;
dejad vuestra embajada,
y la eterna memoria
podréis cantar de su ínclita persona,
y lleve el río Sona
su nombre esclarecido
hasta el Ganges y Nilo
y sin perder el hilo
camine hasta el mar más extendido,
y diga que sostiene
el cielo, al que la tierra ya no tiene.

En el pedestal del deseo se puso este soneto, del bachiller Brambila de Arriaga:

La nave San Felipe combatida
del pertinaz inglés, francés y moro
quitándoles la presa y el tesoro
para el estrecho de la muerte en vida.

Con viento en popa en alta mar metida
segura va, que todo el lastre es oro,
Dios el piloto, el norte el alto coro
a puerto rico, puerto de la vida.

Que pues alcanza en este mar victoria
de los tres enemigos y el infierno,
y el cierzo de la muerte no le hiera:

pase al inmenso golfo, al mar de gloria,
donde hay bonanza y es el puerto eterno
pues nunca muere quien en vida muere.

En el pedestal que cercaba el túmulo
se puso esta octava:

El tiempo soy ligero, y no detiene
mi carrera veloz el tardo freno;
cuanto el centro moral en sí contiene,
mido siendo de términos ajenos;
todo pasa, mas límite no tiene
el pio y santo oficio de luz lleno,
que por ser de la fe firme defensa,
no recibe del tiempo alguna ofensa.

De Rodrigo Dávila, octavas:

1. El tiempo soy, soy fábula y engaño,
en nada tengo perfección cumplida,
corro las vidas con fueror extraño
hasta donde la muerte está escondida;
cortando a todos de vestir de un paño,

sin hacer diferencia en la medida
al rey, al pobre, al rico, flaco y fuerte
igualo con las puertas de la muerte.

2. Cual río cuyas aguas amorosas
Se van calladamente deslizándose
Las imágenes vanas de las cosas,
así de nuestras vidas van volando
de ver vuestro descuido murmurando,
cuan mal debía de entender el tiempo
quien juegos inventó de pasatiempo.
3. A detener mi curso acelerado
me inventa tu algún nuevo encantamiento,
que de pasar yo tengo tal cuidado,
que no perdonaré solo un momento;
locura es de este siglo desdichado
ponerme espuelas y aguijón sin tiento,
pues con mi furia llego sin reparo,
y me llevo de encuentro lo más caro.
4. Todo se acaba y vuela como el viento,
de mí todas las vidas van colgadas
y las figuras de su fundamento
no son venidas, cuando son pasadas:
es todo un sucesivo movimiento
de aquellas nueve ruedas estrelladas,
haz tú que no se muevan como suelen,
tendríte yo las horas, que no vuelen.
5. El que quisiere verme retratado
lo que será su vida y lo que ha sido,
mire en la mano lo que le ha quedado
de las horas y edades que ha vivido;
verá que lo pasado es ya pasado,
y lo que es por venir, aún no ha venido,
y si algún gusto goza en lo presente,
temiendo el venidero no lo siente.
6. Aquella edad de vida ya madura
de setenta y más años que ha vivido
el gran Philipo, rey si con cordura
se mira, habrase visto fue un ruido
de un trueno, que entre nubes poco dura;
pues si se acaba así lo más lucido,
añude cada cual con diestra mano
el inmortal estambre al hilo humano.

Otro soneto (anónimo):

Si puede celebrar mi débil canto
del tribunal sagrado la grandeza,
habré subido a la suprema alteza
de su heroico valor y pecho santo;

y habré, del un polo al otro cuanto
baña del sol dorado la belleza
cogido (para muestra de extrañeza)
de virtud, lo que cubre el rico manto.

Pagaré la alabanza a la hazaña

del santo tribunal, y a la persona,
que de tal grande rey hace memoria.

Cantarle la gloria Nueva España
consagrando a su nombre una corona
y yo la esculpiré en perpetua historia.

En el pedestal de este soneto se puso
un unicornio. A las espaldas de un
León que significaba la persona del
Rey, se puso esta lira:

Voló el diestro guerrero
guarda de la fe bella sin segundo
al movedor primero
y del nombre segundo
tercero guardador dejó en el mundo.

Aquí ya siguen elogios a Felipe III.
En lo alto del testero de la tumba se
puso este soneto de la Compañía de
Jesús:

Pudo la muerte con funesto asalto
romper de España fuerte los reparos,
pudo sacro Philipo despojaros
del reino, que en el mundo era el más alto;

Mas no impedir el venturoso salto,
con que la firme fe, y los hechos claros
pudieron en un punto colocaros
donde no habrá temor ni sobresalto.

Clarísimo monarca, bien mostraste
haber reinado en voz viva y entera
la fe, en cuya defensa os empleaste:

pues en esta batalla postrimera
el mundo, el cetro, y el vivir dejastes
sin dejar de las manos su bandera.

Estos otros versos pusieron:

Iba la parca cortando
por derribarme en el suelo,
mas yo me fui levantando
al golpe, que ella iba dando
hasta elevarme en el cielo.

Otro soneto:

No de Marte las armas belicosas,
ni del lacedemonio las celadas
ni el agudo venablo y las pesadas
hachas del bravo Etolo rigurosas.

No de Perseo diestro las fogosas
saetas, ni de Midas la acerada
loriga, ni la honda arebatada

de Fenicia y sus piedras espantosas,

Pudieran, ni las máquinas y escudo
del extraño inventor, y sus bombardas,
romper los escuadrones infernales,

pero el grande Philipo romper pudo
sus fieras fuerzas y rendir sus guardas,
para entrar por las puertas eternas.